

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III



**E**stoy leyendo la nueva edición del «Diario íntimo» de Enrique Federico Amiel que acaba de editar en Ginebra Mr. Bernard Bouvier — no más que 1650 ejemplares, — y en que tanto nuevo se ha añadido a la otra edición, la que fué prologada por Edmundo Scherer y se debió a la piedad de Fanny Mercier, heredera del manuscrito y que ha muerto en 1918 a los ochenta y dos años. El criterio de *pruderie*, de gazoñería, calvinista que presidió a la selección de la señorita Mercier nos había impedido conocer fragmentos que nos dan un Amiel más de carne y hueso, menos etéreo, y por lo tanto más íntimo.

¡Qué formidable paisajista! El 2 de abril de 1866 describía el fundirse de la nieve y la bruma húmeda que revestía todo el campo. La primera edición suprimió esto: «*Júpiter pluvius* acaricia de cerca a Cibeles; no hay ya espacio siquiera entre sus amores que abriga el discreto manto de las nubes cuyos pliegues se arrastran sobre el suelo». Luego dice: «El horizonte se toca con la mano y las tres leguas cúbicas de lluvia que se veían ayer hanse convertido en una cortina opaca, o mejor en una caverna flotante, de que ocupa mi observatorio el centro pero de la que no puede la mirada penetrar ni en la bóveda ni en los muros grisáceos». Este pasaje fué torpemente abreviado en la primera edición. Entre otras cosas se quitó lo de *cúbicas* aplicado a las leguas de lluvia dejando así: «las tres leguas que se veía ayer, etc.».

¡Qué formidable paisajista! «¿Y por qué no pondría esto en verso?» — se pregunta uno. Pero luego en detalles como ese mismo de las leguas *cúbicas* de lluvia se ve una intrusión de elementos científicos, técnicos, que acaso explique la endeblez relativa de las poesías de Amiel.

¿Es que la ciencia daña a la poesía? ¿Es que un botánico no puede cantar a las flores? ¿Es que Enrique Fabre, el Homero de los insectos, no pudo haber escrito unas nuevas *Geórgicas*, un poema sobre la cigarra? ¡Eterno problema!

Hay al principio del espléndido poema que Carducci dedicó «A la ciudad de Ferrara en el xxv abril de MDCCCXCV» unos versos magníficos que traducidos literalmente a prosa castellana — ya que no tengo tiempo de ponerlos en verso — dicen así: «Como en las ascendentes espirales de la concha un eco de antiguos llantos, un son de largo suspiro profundo del grande océano de donde ella arrancada fué, permanece; así por tus plazas queridas del sol, oh Ferrara, el nuevo peregrino tiende las orejas y oye desde los marmóreos palacios sobre el Po descender lenta procesión y canto de una fantástica epopeya...»

Y viene un científico y dice: «No,



en las conchas marinas no queda el eco del océano en que se criaron, como cree el vulgo; y ese rumor, como de mar lejano, que se siente acercándolas al oído no es más que la repercusión, como en un resonador, del ruido que hace la sangre al circular por el pabellón de la oreja». Lo que sabía, sin duda, Carducci, pero como era un poeta...

Se puede, sin embargo, aprovechar poéticamente también, esta nueva interpretación, la científica, y llamar a la concha un espejo acústico de la vida íntima de nuestro ser y decir que en ella oímos cantar a

nuestras entrañas, oímos el ritmo de nuestro corazón. «No, no se oye el pulso; no es el pulso...» — nos dirán. — Pero cualquiera hace caso a un hombre que se pone en científico...! Los cuales suelen refugiarse en la música por ser arte inmediato, que no necesita interpretación. Porque en la música, digan lo que quieran ciertos embrollones de estética, no hay metáforas. Ni caben centauros como en pintura y escultura.

En la anterior traducción, al pie de la letra — «¿pero es que la letra tiene pie?» se dirá — del pasaje de Carducci hemos dicho que el nuevo peregrino tiende las orejas... Así dice el texto «... *il nuovo peregrino tende le orecchie...*» En español diríamos que tiende los oídos, porque con las orejas no es con lo que se oye, dicen los científicos. En italiano apenas se emplearía en un caso así *udito*. Ni nosotros podríamos decir: «tiende los oídos...» No, no se oye con las orejas sino con los oídos, aunque las orejas ayuden a oír y aunque se oiga a las orejas. ¿Pero está tan bien lo de tender las orejas...?

Es una superioridad estética de ciertos animales lo de que puedan mover las orejas. Observad a un gato que dormita ronroneando preso de una inquietud interior. Al menor rumorcillo le veréis mover, con ligero esguince, una oreja. Se le ve escuchar como se le ve mirar a un hombre. Aunque al hombre se le ve escuchar también, escuchar con los ojos.

Por eso he dicho de la muerte de Hamlet:

*Con los abiertos ojos ya sin vida,  
como queriendo oír miraba al cielo  
(de la mano de Dios la palma abierta)  
y cata el silencio.*

Volvamos a Amiel. Y hagamos notar que más estrago aun que la gazoñería puritana o calvinista hizo en la primera selección de los fragmentos de su «Diario íntimo» lo que podríamos llamar la gazoñería científica, la sequedad de la supuesta precisión técnica. ¡Oh, aquellos antiguos divinos a quienes, como dijo Leopardi, la Naturaleza les habló sin quitarse el velol

M i g u e l



d e U n a m u n o

